



ANTONIO ALCALDE,
Filantrópico Obispo de Guadalajara.

CAPITULO IV.

FRAY ANTONIO ALCALDE.—CURIOSA TRADICION.— EL HOSPITAL DE BELEM.

Al aproximarse el año de 1771, Guadalajara recibió poderoso impulso con la llegada de un notabilísimo benefactor que no ha tenido igual, estamos seguros, no solo en aquella zona, pero ni aun en todo el territorio mexicano. Fué trasladado del Obispado de Yucatan al de Guadalajara Fray Antonio Alcalde, originario de España, y de la órden Dominicana, cuya promoción vino á hacer época en los fastos de aquella ciudad. Con grandísimos poderes se presentó á su nueva diócesis, pero con más suma de caridad, se dedicó á beneficiar al público, á los pobres en particular y á la humanidad doliente en general. Propicia oportunidad se le presentó al poco tiempo, para ejercer sus filantrópicos instintos. El terrible año de 1786 llamado *del hambre*, había comenzado con todo su horror.

Sabido es que tal calamidad provino de que en el año anterior, (1785), anticipándose las heladas á la estación, destruyeron todas las sementeras de maíz, presentándose el hambre de una manera imponente entre la clase pobre de toda la Nueva España, cuyo principal alimento lo constituye el maíz. El Sr. Alcalde organizó de tal manera su programa para practicar el bien, que puede decirse que hizo más que todos los que hubieran querido hacerlo. Grandísimas sumas empleó en abastecerse de viveres para los indigentes: según aparece en su libro de memorias, que con respeto hemos ojeado, gastó ese año ciento diez mil pesos solo en maíz que repartió gratis á los necesitados.

Pasó el hambre, pero su caridad quedó en pie: se dedicó entonces con grandísimo afán á muchas mejoras que reclamaba la ciudad. Por su cuenta se construyó el famoso hospital de San Miguel de Belém, en 1791, lo mismo que el panteón que hay en este local, dotando con esplendidez al primero. Edificó el Santuario de la Virgen de Guadalupe y un colegio para niñas pobres llamado "El Beaterio," dotándolo también con siete manzanas de casas que mandó construir.

Quitó el Campo Santo que existía en el centro de la ciudad, en donde hoy es la plaza de Venegas. Hizo donaciones cuantiosas á los conventos de monjas Jesús María y Santa Teresa.

Ministró fuertes sumas para el empedrado de las calles y la compostura de los caminos; y más pródigo fué aún para proteger la instrucción primaria, á la cual consagró siempre sus atenciones más eficaces.

El Paso por Jalisco de este hombre extraordinario, fué señalado por una huella de beneficios tan notables á Guadalajara, que han hecho imperecedera su memoria, al extremo de que, un notable publicista jalisciense, dice que: "Guadalajara vería con más gusto un monumento erigido á la memoria de Fray Antonio Alcalde, que á la de todos los héroes de la independencia nacional."

Nosotros, aunque somos del mismo parecer, preguntamos:

¿Qué monumento á su memoria mejor que ese conjunto de establecimientos levantados por su munificencia, los cuales durante un siglo han llenado cumplidamente los deseos del fundador? ¿Qué corona votiva más estimable que las bendiciones de millares de indigentes que aun siguen siendo objeto de la sublime caridad del Sr. Alcalde?

Ahora los cuantiosos bienes con que dotó al hospital de Belém "El Beaterio" y varias escuelas de primeras letras, ya no existen, pasaron al dominio de algunos particulares.

Aquí es oportuno decir, que así como la historia ha recogido

con solicitud el nombre del Sr. Alcalde para consignarlo en sus páginas con caracteres de oro, deseosa de que las generaciones futuras lo pronuncien con veneración, de la misma manera, ha reunido los nombres de aquellos gobernantes cuya rapacidad no respetó los sagrados bienes de beneficencia; de los que despillaron ese patrimonio legado á la humanidad doliente por el gran filántropo: estos repugnantes nombres, repetimos, tambien los ha recogido la historia para lanzarlos á la execración de la posteridad.

La caridad sin límites del Sr. Obispo Alcalde, ejercitada en mil formas y con innumerables personas, se admira tambien en Yucatán, en donde aun refieren las piadosas madres á sus hijos, el siguiente caso, ocurrido segun dicen, en esa ciudad.

Una pobre mujer se presentó un día al Prelado, llena de la más profunda tristeza. Su esposo había sido conducido á la cárcel por una deuda, y no terminaría aquel gran pesar para ella, sino llevaba 25 pesos al juez que era riguroso é inquebrantable.

La miseria pública había llegado hasta el Obispo, y por más que registró en sus gavetas y buscó afanoso entre los exhaustos bolsillos de sus vestidos, no pudo hallar cosa que valiera aquella pequeña suma.

Por el rostro del Obispo corrió una lágrima, reflejo del puro sentimiento que agitaba su pecho.

—Hija mía, dijo á la mujer, no tengo oro ni plata....

Cuando esto decía, un enorme alacran, un horripilante escorpión del género de los arácnidos, *scorpio americanus*, se deslizó de entre los papeles removidos, y subia ligero por el muro.

La mujer en vista del arácnido se echó para atrás horrorizada:

—Oh! dijo el Obispo sonriendo, hemos salvado la dificultad.

Tomó al temible animal por la cola, cual Moisés lo hiciera con la serpiente en que su vara se había convertido, le encerró en un pequeño estuche que envolvió en un papel, y entregándolo á la infeliz mujer la dijo:

—Id al Monte de Piedad, empeñad esta alhaja en veinticinco pesos y remediad vuestra necesidad.

La mujer, obediente y llena de confianza, se presentó á la casa de empeños, y vió admirada que sacaron del estuche que llevaba, una valiosa joya, rica por la materia y primorosa por el arte; era un alacran de oro, adornado de esmaltes y de piedras preciosas.

El desgraciado que fué conducido á la prision por deudas, volvió á su casa, y con afán indecible trabajó por devolver el benéfico Prelado los 25 pesos.

Vuelve la mujer al empeño, saca la misteriosa prenda la lleva al Obispo, y al recibirla éste toma el alacran por la cola, le coloca en el mismo muro de que ántes le desprendiera, y dejándole ir libremente:

—Vé, le dice, el Señor ha querido obrar el bien por tu medio, mereces la libertad.

En adelante esta anécdota referida por la mujer á las gentes del pueblo, hacia que mirasen al ilustre Obispo como á un bienaventurado.

El 8 de Agosto de 1792 el anciano Pastor bajó al sepulcro, dejando como únicos bienes sus pobres muebles, ropas, utensilios y alhajas por valor de \$262 25 cs., pues sus vestidos episcopales estaban forrados de manta ordinaria, y los objetos de su uso, con excepcion de una sola bandeja de plata, para ornamentos sagrados, eran sumamente pobres.

Los venerables restos de Fray Antonio Alcalde están sepultados en Guadalajara, en el presbiterio del Santuario de la Virgen de Guadalupe, erigido por él como tenemos dicho.

El grandioso Hospital de Belem, tiene su planta general de la forma de un cuadrado, con 350 metros por lado, en el cual se halla el templo, el panteon y el hospital, siendo su situacion al extremo N. de la ciudad.

En el año de 1792 se terminaron la iglesia y el hospital, quedando desde entonces al servicio del público. La parte ocupada con estos edificios, es un cuadrilongo de 200 metros de longitud, por 150 de latitud, conteniendo además las casas destinadas para el capellan y el administrador del establecimiento.

Tiene dos entradas, una al O. que comunica con un departamento compuesto de una sala para los médicos, una pieza para recibir, tres salones y un patio con corredor: este departamento está hoy destinado para una escuela y un asilo de niños.

En el costado S. están la casa del administrador con un departamento para los empleados del hospital, las bodegas, las cocinas y la botica que está bien abastecida y despacha actualmente medicinas para el hospital y el hospicio de pobres. Siguen la iglesia con frente al S., la casa del capellan y la puerta principal del edificio sobre la cual se lee esta inscripcion.

“Fray Antonio Alcalde, á la humanidad doliente.”

Del centro del cuadrilongo, rompen en forma de estrecha los salones dedicados para enfermerías, de las cuales, las del O. es

tán dedicadas para hombres y las del E. para mujeres: cada uno de ellos tiene 80 metros de longitud por 7 de latitud.

Existen además otros salones que solo se ponen en uso en tiempo de peste en la ciudad: siendo, el total de camas que pueden colocarse cómodamente en todos, setecientos veinticinco; estas inmensas galerías se encuentran en la actualidad en perfecto estado de aseo, están bien ventiladas y hay entre ellas espaciosos patios con jardines bien cultivados.

Por el costado N. y partiendo del centro del edificio, se encuentran la ropería, los baños y el departamento de practicantes, que consta de las habitaciones de estos, de las piezas para enfermos de distincion y del anfiteatro ó salon de autopsias.

Al lado O. y despues de las enfermerías están dos departamentos para dementes: uno, que consta de dormitorio, comedor: diez y ocho bartolinas y dos patios, está dedicado para mujeres; el destinado para los hombres, tiene dormitorio, quince bartolinas, comedor y dos patios. En el primero de estos departamentos, hay unos lavaderos para toda la ropa del establecimiento, surtidos con abundancia de agua.

La existencia de enfermos, es por término medio, de 275, calculándose una entrada y salida diaria de diez á doce; las defun-

ciones nunca bajan de veinte al mes, y llegan á subir á treinta y cinco en algunos.

Los enfermos son asistidos gratuitamente, y basta para que sean recibidos en el establecimiento, la consignacion que de ellos se haga por cualquiera de las oficinas de policía.

La planta de empleados está formada en la actualidad, de un administrador, un capellan, un comisario, un boticario y su ayudante, tres médicos, siete practicantes de medicina y cincuenta empleados subalternos, encargados del cuidado de todas las dependencias del hospital.

La Junta de Beneficencia Pública es la que paga el presupuesto del establecimiento y la que atiende á todos los gastos de aseo y reposicion del edificio.

Son grandes las dificultades con que ahora se tropieza para el sostenimiento del hospital, debido á que ya no existen, como antes dijimos, los bienes con que fué dotado por la pródiga mano de su ilustre fundador.

Quando las santas mujeres llamadas MADRES DE LA CARIDAD aún no eran expulsadas por una ley inhumana esta obra del Sr. Alcalde llenaba con satisfaccion el objeto á que fué consagrada.